

## EL ECO DE BEETHOVEN

El salón estaba casi vacío. Los pocos muebles que acompañaban al viejo piano seguían bailando en sueños, las últimas melodías que Elena esa noche les había regalado.

Amaneció un día radiante. La luz del sol se reflejaba en el espejo que, frente a la ventana, en un juego de luces y sombras, iluminaba el salón. Elena bajo lentamente las escaleras. Acababa de levantarse y ya estaba cansada.

Entre las cortinas de algodón, como una melodía lenta, el día despertó con el rumor del viento golpeando los cristales del salón, parecía que la naturaleza quería acompañar su concierto interior.

En el centro de la habitación, su viejo piano, un Erard de finales del siglo XVIII que el padre de Elena le compró cuando empezó a estudiar la carrera. De madera pulida y aroma a nostalgia, cómplice de tantos momentos felices al lado de su padre, escuchando sus pequeños conciertos. Hoy Erard se sentía triste, ¿presagiaba la despedida que no quería vivir?

A veces, al mirarse en el espejo, a Elena le cuesta reconocer a la mujer que alguna vez fue niña frente al mismo piano, aprendiendo a amar el sonido antes de comprender las palabras. Su amor, su ídolo, siempre fue Beethoven, no el genio inmortal de los bustos de mármol, sino el hombre que supo escuchar al universo, cuando el universo se le volvió silencio.

Con frecuencia tocaba en penumbra, cuando el mundo parecía un secreto compartido entre ella y los fantasmas de la música.

Esa mañana, se sentó frente al teclado como quien se inclina ante un altar, y dejó que el primer acorde del Claro de Luna se alzara como una despedida. Cada nota era un salmo, una conversación con el pasado, en un presente, ya sin futuro. Habla con su madre, que la enseñó las primeras canciones; con su padre, que se sienta a escucharla en el viejo sillón del salón; con su primer amor de la adolescencia que le escribe poemas. Pero siempre, habla con Beethoven, ese amigo que le acompaña compartiendo un mismo silencio, ese amigo que nunca le falla.

Y en medio de aquella melodía, el aire cambia de ritmo como si el tiempo se desdoblara y tratara de evocar viejos recuerdos. De pie, junto al piano estaba él, con su levita negra ajada, el cabello revuelto y los ojos cargados de nostalgia y ternura. Ella guardó silencio, no se atrevió a romper el milagro con palabras, solo siguió tocando.

*-No te detengas Elena, estoy escuchando lo que el mundo me negó. Este, es el único lenguaje que los muertos comprendemos. Hoy he venido a compartir los sonidos de mi soledad en un silencio que tanto me atormentó, hoy... he venido a escucharte-*

Eran dos almas que se reconocían tras los acordes. Beethoven había venido a escucharla y no quería destruir el milagro, quizás el último. Se acercó al piano, puso su mano sobre la de ella, el tiempo se detuvo...y la sonata nació del roce entre la eternidad y la carne.

*-Tu alma toca lo que mis oídos no pueden escuchar-* dijo con una sonrisa que contenía siglos de melancolía.

*-Y tú compones lo que mi corazón nunca se atrevió a decir-* respondió ella emocionada.

Él, inclinó la cabeza como al final de un concierto imaginario y la última nota quedó suspendida en el aire. Él ya no estaba.

Dicen que la música, es el alivio del alma de los dioses. Pero Elena sabía, que Beethoven no era un músico, era LA MUSICA, el idioma de los que habían sufrido y amado sin medida. Beethoven había conocido el dolor del silencio, la cruel ironía de perder el oído, justo, cuando más lo necesitaba y se dio cuenta que estaba reviviendo el eco del genio cruzando los siglos. Él la miraba desde la distancia del tiempo, donde una puerta invisible se abría entre los dos.

Elena quería creer, que no se estaba muriendo, que su médico se equivocaba, que los resultados estaban confundidos, pero se lo dijo sin dejar el menor hueco a la esperanza. ¿Por qué ahora?, se preguntaba, si estaba viviendo un aprendizaje nuevo, estaba aprendiendo a quedarse en otro tiempo, en otro espacio y en otra luz.

Para ella la dimensión de la música había perdido su medida, era el único lenguaje que no temía a la muerte, que se alzaba victoriosa por encima de absurdos resultados.

Elena sonrío y en esa sonrisa hay un respeto reverencial, sagrado. La habitación huele a despedida y mientras el sol entra por la ventana, ella deja que sus dedos descansan sobre el teclado, agradecida por una vida que, aunque breve, había sido toda una sinfonía.

El mundo vuelve a girar, la ciudad despierta y siente que de algún modo ha sobrevivido a un nuevo amanecer. Ahora ya sabe cuánto tiempo le queda. Ha comprendido, que la vida para ella ya no se mide en tiempo, sino en melodías flotando en el aire. Así, cada mañana repite *-hoy también tocaré para él-* lo hace, porque mientras haya música, nunca dejará de existir.

Sabe que el tiempo ya no le pertenece. Dentro de ella laten acordes nuevos y necesita que la música hable por ella.

El pentagrama comenzó a llenarse poseído de algo misterioso, una melodía que más que despedida era una bienvenida, un puente entre los últimos momentos y la música que estaba naciendo.

El cuerpo había dejado de doler, no le sentía. Estaba fatigada y había tenido que suspender la escritura. En esa pausa, su viejo piano le habló:

*-hoy te escucho respirar agitada como si cada aliento fuera esa última nota que has dejado sin escribir, esa nota que no quieres dejar caer al silencio. Yo solo soy un eco que quiere apagarse contigo. Has sido para mí, el sueño que un día me hizo instrumento ¡descansa amiga querida, descansa!...*

Elena apoyó la frente sobre el teclado y cerró los ojos para soñar eternamente.